

CARA POR IGNACIO AGUSTI Y CRUZ



permanencia y mudanza

EN el curso de los actos conmemorativos del VII centenario de la muerte del Dante, se acaba de celebrar en Arezzo, más de seiscientos cincuenta años después del suceso, un juicio de apelación a la sentencia por la que, el gran poeta, era condenado al destierro y expulsado de Florencia. Este fue el gran acontecimiento de la vida del Dante, pero es natural que el acontecimiento jurídico reivindicativo le tenga ya sin cuidado al autor de la "Divina Comedia". En el proceso han intervenido los mejores juristas de Italia y parece que han emitido un fallo distinto al de sus colegas del siglo XIII: la pena que condenaba al poeta a morir en el destierro, era absolutamente injusta.

Ello nos induce a pensar en la ingente cantidad de errores que, la política y la historia, deben de haber cometido a menudo en el curso de los años. Pero también nos induce a la lamentable conclusión de que los fallos de la historia son inapelables. De fallos semejantes están hechos muchos de los mitos y símbolos patrióticos. Sólo en la actualidad, y excepcionalmente, se exhuman los procesos y se revisan algunas, poquísimas, causas tenidas por ya concluidas. A través del último Concilio Ecueménico, se estaba dando marcha atrás ante la evidencia de la injusticia que se cometió con Galileo. Una vertiente de investigadores quieren destruir la aureola que nimba a Santa Juana de Arco, con ciertos documentos que pudieran poner en duda su existencia misma. Arduo trabajo sería empezar a revolver, ahora, en muchos casos. Y como la Historia divide a los hombres en malos o buenos, porque no se puede andar con matices y distinguos para que pueda caber en los manuales escolares, resulta que Dantón era malo y Carlos V bueno; Bonaparte bueno para los franceses, mientras que para los holandeses Carlos V era el mismísimo demonio.

Pegar al dorso de los grandes hombres una etiqueta determinada y meterlos en el archivo, tal era la función de los historiadores hasta hace unos lustros. Hoy, en que los procesos de investigación histórica no se basan únicamente en los resultados políticos de una gestión determinada, sino que, además, tienen en cuenta los factores sociales, económicos, morales que les servían de contorno; y en que, además, la investigación parte de comprobaciones técnicas muy precisas, ya no será tan sencillo adjetivar a los personajes del tiempo. Existían antes Pedro el Cruel y Pedro el Ceremonioso, Alfonso el Magnánimo y Alfonso el Sabio, Guillermo el Taciturno y Jaime el Conquistador. Los manes de la ciencia histórica y de la psicología, complicarán bastante estas simplificaciones de ahora en adelante. Y se comprenderá que en adelante, los gobernantes no serán tan magnánimos, sabios, ceremoniosos o crueles, o, por lo menos, no serán sólo cada una de esas cosas, porque se ha descubierto que la personalidad del hombre es asunto de mayor complejidad.

Aquí, en nuestra tierra, sentimos como una especie de fetichismo ante las fechas y los hombres históricos. Nuestra conciencia está llena de grandes conmemoraciones y de grandes estatuas. Vivimos en nuestro museo de historia y elaboramos continuamente para él los mitos perdurables, a los que destacamos con menosprecio de la historia menor y de las

circunstancias de cada uno. Paseando por las calles de mi ciudad, Barcelona, he observado que los únicos nombres inmutables de las calles urbanas son los que fueron impuestos antes de la fundación del museo al que nos referimos. Son nombres de oficios o de artes, donde se afincaran, en los siglos medios, los estamentos peculiares. El progreso no llegó a tiempo de monumentalizar, sonoramente, una Vía que quedara escondida y olvidada en un rincón del barrio viejo. Pero en las otras zonas de la ciudad, muchos de los nombres de las calles nos evocan aquel fluir de vida anónima que tienen los cementerios, llenos de nombres que no nos suenan y que, ahora, son vestigios del polvo que encierran. No hablemos ya de las grandes Avenidas, en los Ensanches más recientes, en los que se va a preguntar alguna vez al transeúnte, dentro de unos lustros, a quién correspondía la titularidad. Yo recuerdo el 14 de abril como un espectáculo de cambio de placas; luego han mudado las placas otra vez, y con nombres distintos. Las calles son las mismas, pero las mudanzas históricas las hacemos al contado y de ahí que muchas de las avenidas de Barcelona sean designadas por nombres que nada tienen que ver con nadie y sean designadas en un lenguaje familiar por el sistema de indicación geográfica o geométrica que, seguramente, se les impuso en el plano, cuando fueron ideadas; Paralelo, Diagonal, Meridiana, Gran Vía, La Reforma... Uno de los países más ahitos de historia, de todos los que hay en el mundo, mantiene una cierta timidez al tener que entronizar a sus glorias, porque no está cierto de que con ello no vaya a ofender a los de la ópera de enfrente. Y eso indica, probablemente, que aquí se carece del sentido de la continuidad, o, por lo menos, del anhelo de continuidad suficiente, para no tambalearse a cada paso.

Recordamos que solía decir don Melchor Fernández Almagro, recientemente fallecido, que la Historia moderna debiera ser un ensamblaje perfecto entre la permanencia y la mudanza. Lo demás es altercado y caos. Nuestra historia del siglo pasado es un ejemplo de soluciones perentorias y de paños calientes a una situación que era, por su base, blanda y versátil. Un corto equipo de hombres ocupó los estrados de la política, siempre los mismos, con la oportunidad suficiente para cambiar la chaqueta o el nombre de la fracción y de seguir ejerciendo algo que era como una ocupación profesional. Pero faltaba verdadero contenido y agudaje jurídico y político a las instituciones; y hasta que se consiguió el amaño de la Restauración, no se consiguió que, por lo menos, fueran guardadas las formas de la cosa pública. Sin embargo, la distancia que existía entre el pueblo y la política, seguía siendo enorme, pareja a la que había entre los pueblos de España y el círculo cerrado de Madrid con sus gobernadores. Esta distancia intentó acortarla de golpe, la Segunda República, sin otro resultado final que el desbordamiento y desfase; un final cruento.

Debiera existir en España la posibilidad de salirse de la táctica del manual de historia y fundar la base del futuro a partir del hombre actual, en el cual, está implícitamente contenido todo el pasado y, en el cual, humanamente aquél ya se conmemora. Estamos viviendo en una crisis de ensanchamiento que hará viejas, muy pronto, todas las viejas fórmulas. "De la permanencia a la mudanza", he aquí el quid de la cuestión, que no es baladí cuando un país es apasionado y convierte todas las cuestiones en problemas de tipo personal.